

MI TIERRA PROMETIDA



## A primera vista, 1897

LA NOCHE DEL 15 DE ABRIL DE 1897, un pequeño y elegante barco de vapor se dirige de Port Said, en Egipto, a Jaffa. A bordo se encuentran treinta pasajeros, veintiuno de ellos peregrinos sionistas que han venido de Londres pasando por París, Marsella y Alejandría. El líder de los peregrinos es el Muy Honorable Herbert Bentwich, mi bisabuelo.

Bentwich es un sionista peculiar. A finales del siglo XIX, la mayoría de ellos eran de Europa del Este; Bentwich era un súbdito británico. Muchos eran pobres; él era un caballero con independencia económica. La mayor parte de los sionistas eran seculares; él era creyente. Para la mayoría de los sionistas de esta época el movimiento era la única opción, pero mi bisabuelo lo eligió por voluntad propia. A principios de la década de 1890, Herbert Bentwich llega a la conclusión de que los judíos deben asentarse nuevamente en su antigua tierra natal, Judea.

Este peregrinaje también es inusual. Es el primer viaje de su tipo para los judíos británicos de clase media alta hacia la tierra de Israel: por esta razón el fundador del sionismo político, Theodor Herzl, atribuye tal importancia a estos veintiún viajeros. Espera que Bentwich y sus colegas redacten un informe detallado sobre el lugar. Herzl está especialmente interesado en los habitantes de Palestina y la posibilidad de colonizarla. Espera que el informe se presente al final del verano en el primer Congreso Sionista, que se celebrará en Basilea. Pero mi bisabuelo de alguna forma es menos ambicioso. Su sionismo, que antecede al de Herzl, es esencialmente romántico. Sin embargo, él también se vio arrebatado por la traducción al inglés del profético manifiesto *Der Judenstaat*, o *El Estado judío*. Invitó personalmente a Herzl para que hiciera una presentación en su prestigioso club londinense y quedó impresionado ante el carisma del visionario líder. Al igual que Herzl, cree que los judíos deben regresar a Palestina. Pero conforme el vapor *Oxus*, de fondo plano, surca las oscuras aguas del Mediterráneo,

Bentwich sigue siendo inocente. Mi bisabuelo no desea apoderarse de un país y establecer un Estado; quiere encontrar a Dios.

Permanezco en la cubierta durante un momento. Quiero entender por qué el *Oxus* se abre paso por los mares. ¿Quién es, exactamente, este ancestro mío y por qué ha venido?

Al inicio del siglo xx existen más de 11 millones de judíos en el mundo, de los cuales casi 7 millones viven en Europa del Este, 2 millones en Europa Central y Occidental, y 1.5 millones en Norteamérica. Los judíos asiáticos, de África del Norte y del Medio Oriente en total suman menos de un millón.

Los judíos se emanciparon solamente en Norteamérica y en Europa Occidental. En Rusia son perseguidos. En Polonia son discriminados. En los países islámicos son un “pueblo protegido” y viven como ciudadanos de segunda clase. Incluso en Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, la emancipación es meramente un legalismo. El antisemitismo aumenta. En 1897 la cristiandad aún no hace las paces con su máxima contraparte. A muchos les resulta difícil referirse a los judíos como un pueblo libre, orgulloso e igual.

En las partes orientales de Europa, la angustia judía es grave. Una nueva clase de antisemitismo de origen étnico está reemplazando al antiguo, basado en la religión. Oleadas de pogromos se suceden en los poblados y municipios judíos de Rusia, Bielorrusia, Moldavia, Rumania y Polonia. La mayoría de los judíos de los *shtetl*<sup>1</sup> se percatan de que no hay futuro para tales sitios. Cientos de miles se embarcan hacia la isla Ellis. La diáspora judía experimenta una vez más el fenómeno cataclísmico de la migración masiva.

Lo que depara el futuro es aún peor que el pasado. En el medio siglo que siguió, la tercera parte de todos los judíos serían asesinados. Dos tercios de la judería europea serían aniquilados. La peor catástrofe en la historia del pueblo judío está a punto de ocurrir. Así que conforme el *Oxus* se aproxima a las costas de Tierra Santa, la necesidad de darles Palestina a los judíos es casi palpable. Si los judíos no desembarcan aquí, no tendrán ningún futuro. Esta costa que emerge en el horizonte podría ser su única salvación.

Existe otra necesidad. En el milenio que precedió a 1897, la supervivencia judía estaba garantizada por dos grandes razones: Dios y el gueto. Lo que permitió a los judíos mantener su identidad y su civilización fue su cercanía con Dios y su desapego del mundo no judío que los rodeaba. Los judíos no tenían territorio ni reino, no tenían libertad ni soberanía. Lo que los

mantuvo unidos como pueblo fue su creencia religiosa, su práctica religiosa y una poderosa narrativa religiosa, así como los altos muros del aislamiento en que los gentiles los mantuvieron. Pero en los cien años previos a 1897, Dios se distanció y los muros del gueto se vinieron abajo. La secularización y la emancipación —aunque muy limitadas— erosionaron la vieja fórmula de la supervivencia judía. No existía nada que mantuviera a los judíos como un pueblo que vivía entre otros pueblos. Incluso si no hubieran sido masacrados por los cosacos rusos o perseguidos por los antisemitas franceses, enfrentaban un peligro mortal. Su capacidad para mantener una civilización judía no ortodoxa en la diáspora estaba ahora en duda.

Existía la necesidad de una revolución. Para sobrevivir, los judíos tenían que transformarse de un pueblo de la diáspora a un pueblo de soberanía. En este sentido, el sionismo surgido en 1897 fue una idea genial. Sus fundadores, dirigidos por el doctor Herzl, son proféticos y heroicos. En términos generales, el siglo XIX fue la época dorada de la judería de Europa Occidental. Empero, los sionistas de Herzl pueden ver lo que se avecina. Ciertamente ignoran que el siglo XX hará surgir lugares tales como Auschwitz y Treblinka, pero a su manera actúan en la década de 1890 para anticiparse a la de 1940. Se dan cuenta de que se enfrentan a un problema radical: la próxima extinción de los judíos. Y perciben que un problema radical requiere una solución radical: la transformación de los judíos, una transformación que puede suceder solamente en Palestina, la antigua tierra natal de los judíos.

Herbert Bentwich no ve las cosas con tanta lucidez como Theodor Herzl. No sabe que el siglo a punto de comenzar será el más dramático en la historia de los judíos. Pero su intuición le dice que ha llegado el momento de la acción radical. Sabe que la angustia en Europa del Este es intolerable y que en Occidente la asimilación es inevitable; en el Este los judíos están en peligro mientras que en Occidente el judaísmo tiene problemas. Mi bisabuelo entiende que el pueblo judío necesita desesperadamente un nuevo lugar, un nuevo comienzo, una nueva forma de existir. Para poder sobrevivir, el pueblo judío necesita Tierra Santa.

Bentwich nació en 1856 en el barrio de Whitechapel en Londres. Su padre era un migrante judío ruso cuyo oficio era el de viajante, comerciando joyería en Birmingham y Cambridge. Pero el vendedor quería más para su amado hijo y envió a Herbert a prestigiosas escuelas donde el muchacho tuvo un buen desempeño. Sabiendo que todas las esperanzas de sus padres

se centraban en él, el disciplinado joven trabajó muy duro para corresponder a ellas. A sus treinta y tantos, ya era un exitoso abogado que vivía en St. John's Wood.

Antes de viajar a Palestina, mi bisabuelo era alguien importante en la comunidad judía inglesa. Su campo profesional era la ley de derechos de autor. En el ámbito social, era uno de los fundadores del prominente club de cenas y debates Maccabean. En su vida privada, estaba casado con una hermosa mujer de temperamento artístico que criaba a nueve hijos en su magnífico hogar en Avenue Road. Dos hijos más nacerían en los años venideros.

Artífice de su propio destino, Herbert Bentwich es rígido y pedante. Sus rasgos dominantes son la arrogancia, la determinación, la seguridad en sí mismo, la autosuficiencia y el inconformismo. Sin embargo, en gran medida es un romántico y tiene una debilidad por lo místico. Bentwich es victoriano. Se siente profundamente en deuda con el Imperio Británico por haberle abierto sus puertas al hijo de inmigrantes que alguna vez fue. Cuando tenía dos años de edad, se eligió al primer judío como miembro del Parlamento Británico. Cuando tenía quince, el primer judío fue admitido en Oxford. Cuando cumplió veintinueve, el primer judío ingresó a la Cámara de los Lores. Para Bentwich estos hitos son maravillas. Él no considera que la emancipación sea la realización tardía de un derecho natural, sino un acto de gracia otorgado por la Gran Bretaña de la reina Victoria.

En su apariencia física, Bentwich se parece al príncipe de Gales. Sus ojos son azules como el acero, es de barba tupida y bien definida y con una fuerte quijada. Sus ademanes también son los de un noble. Aunque pobre de nacimiento, Herbert Bentwich acogió vigorosamente los valores y costumbres del imperio que gobernaba los mares. Como un auténtico caballero, le encantan los viajes, la poesía y el teatro. Conoce bien a Shakespeare y se siente como en casa en Lake District. Sin embargo, esto no afecta su judaísmo. Con su esposa, Susan, educa una familia en armonía judeo-inglesa: hay oraciones matutinas y música de cámara, Tennyson y Maimónides, rituales del sabbat y educación Oxbridge. Bentwich cree que así como la Gran Bretaña imperial tiene una misión en este mundo, así también el pueblo judío. Siente que es deber de los judíos emancipados de Occidente velar por los judíos perseguidos en el Oriente. Mi bisabuelo está totalmente seguro de que justo como el Imperio Británico lo salvó, también salvará a sus hermanos. Su lealtad hacia la Corona y hacia su vocación judía están entrelazadas. Lo impulsan hacia Palestina. Lo llevan a encabezar esta singular delegación judía inglesa de camino a las costas de Tierra Santa.

Si hubiera conocido a Herbert Bentwich, probablemente no me habría agradado. De haber sido su hijo, estoy seguro que me habría rebelado contra él. Su mundo —monárquico, religioso, patriarcal e imperial— está a eras de distancia de mi mundo. Pero cuando lo estudio a la distancia —a más de un siglo de distancia— no puedo negar las similitudes entre nosotros. Me sorprende descubrir cuánto me identifico con mi excéntrico bisabuelo.

Así que pregunto de nuevo: ¿Por qué está aquí? ¿Por qué está a bordo de un barco de vapor? No se encuentra en peligro. Su vida en Londres es próspera, satisfactoria. ¿Por qué embarcarse hasta Jaffa?

Una respuesta es el romanticismo. En 1897 Palestina aún no es británica, pero sí está en el horizonte británico. En la segunda mitad del siglo XIX, el anhelo de Sion es tan británico como judío. La novela *Daniel Deronda*, de George Eliot, abrió el camino; Laurence Oliphant lo ha llevado más lejos. La fascinación con Sion está ahora en el corazón del romanticismo inglés de la era colonial. Para mi bisabuelo, un romántico, un judío y un caballero victoriano, la tentación es irresistible. El anhelo de Sion se ha convertido en una parte integral de su constitución. Define su identidad.

La segunda respuesta es más importante y más relevante. Herbert Bentwich está muy adelantado a su época. El viaje que hizo de Whitechapel a St. John's Wood a fines del siglo XIX es análogo al que emprendieron muchos judíos del Lower East Side al Upper West Side de Nueva York en el siglo XX. Conforme se aproxima el año 1900, mi bisabuelo enfrenta el reto que enfrentará la judería estadounidense en el siglo XXI: cómo mantener una identidad judía en un mundo abierto, cómo conservar un judaísmo no resguardado por los muros del gueto, cómo evitar la dispersión de los judíos en la libertad y la prosperidad del moderno Occidente.

Sí, Herbert Bentwich hace el viaje de Charing Cross a Jaffa porque está comprometido con acabar con la miseria judía en el Oriente, pero su principal razón para hacerlo es su entendimiento de la futilidad de la vida judía en Occidente. Debido a que ha disfrutado de una vida privilegiada, ya ve el reto que le seguirá al reto del antisemitismo. Puede ver la calamidad que le seguirá al Holocausto. Se da cuenta de que su propio mundo de armonía judeo-inglesa está en declive. Es por eso que cruza el Mediterráneo.

Llega el 16 de abril a la desembocadura del antiguo puerto de Jaffa. Lo observo cuando despierta a las 5:00 a. m. en su camarote de primera clase. Lo observo cuando sube las escaleras para llegar a la cubierta de duela

del *Oxus* con un traje de color claro y un sombrero de corcho. Lo observo conforme se asoma desde la cubierta. El sol está a punto de salir por encima de los arcos y las torrecillas de Jaffa. Y la tierra que observa mi bisabuelo es justo como él esperaba que fuera: iluminada por el suave amanecer y cubierta por la frágil luz de la promesa.

¿Quiero que desembarque? Aún no lo sé.

Tengo una obsesión con todo lo que es británico. Al igual que Bentwich, me encanta Land's End y el monte Snowdon y Lake District. Me encantan las casas de campo, los *pubs* y la campiña inglesa. Me encanta el ritual del desayuno y el del té y la crema espesa de Devon. Estoy fascinado con las islas Hébridas y las Tierras Altas de Escocia y las suaves colinas verdes de Dorset. Admiro la profunda certeza de la identidad inglesa. Me siento atraído por el silencio de una isla que no ha sido conquistada en ochocientos años, por la continuidad de su forma de vida. Por la forma civilizada en que lleva sus asuntos.

Si Herbert Bentwich desembarca, le dirá adiós a todo eso. Se desarraigará a sí mismo, a sus hijos y nietos del profundo verde inglés para asentarnos a todos —durante generaciones— en el salvaje Medio Oriente. ¿No es estúpido hacerlo? ¿No es una locura?

Pero no es tan sencillo. Las Islas Británicas no son nuestras realmente. Sólo estamos de paso, porque el camino que recorreremos es mucho más largo y tortuoso. El verde inglés fue apenas un refugio elegante y temporal, un respiro en la marcha. La demografía cuenta una historia clara: en la segunda mitad del siglo xx, la cual Herbert Bentwich no viviría para ver, la comunidad judía inglesa disminuirá en un tercio. Entre 1950 y 2000 el número de judíos en las Islas Británicas disminuirá de más de 400 000 a aproximadamente 300 000. Las escuelas judías y las sinagogas cerrarán. Las comunidades de ciudades tales como Brighton y Bournemouth menguarán. La tasa de matrimonios mixtos aumentará a más de 50 por ciento. Los jóvenes judíos no ortodoxos se preguntarán por qué deberían ser judíos. ¿Qué sentido tiene?

Un proceso similar tendrá lugar en otros países de Europa Occidental. Las comunidades judías no ortodoxas de Dinamarca, Holanda y Bélgica casi desaparecerán. Después de jugar un papel crucial al dar forma a la Europa moderna durante más de doscientos años —pensemos en Mendelssohn, Marx, Freud, Mahler, Kafka, Einstein—, los judíos gradualmente perderán protagonismo. La época dorada de la judería europea terminará. La mismísima existencia de una judería europea viable, vital y creativa se verá cuestionada. Lo que fue, no volverá a ser.



Cincuenta años después, este mismo malestar afectará incluso a la poderosa y próspera comunidad judía estadounidense. La proporción de judíos y no judíos en la sociedad estadounidense disminuirá dramáticamente. El matrimonio mixto aumentará exponencialmente. El antiguo *establishment* judío se fosilizará y menos judíos no ortodoxos estarán afiliados a la vida judía o serán activos dentro de ella. La judería estadounidense aún será mucho más dinámica que en Europa. Pero al mirar al otro lado del océano hacia sus primos europeos y británicos, los judíos estadounidenses serán capaces de ver lo que les depara el siglo XXI y no es prometedor.

Entonces, ¿debería desembarcar mi bisabuelo? Si no lo hace, mi vida personal en Inglaterra será próspera y satisfactoria. No tendré que hacer servicios militares; no enfrentaré ningún peligro inmediato ni corrosivo dilema moral alguno. Pasaré los fines de semana en la casa de campo con techo de paja de Dorset y los veranos en las Tierras Altas escocesas.

Sin embargo, si mi bisabuelo no desembarca, lo más probable es que mis hijos sólo sean mitad judíos. Tal vez ni siquiera sean judíos. Gran Bretaña sofocará nuestra identidad judía. En los verdes prados de la antigua Inglaterra y en los tupidos bosques de Nueva Inglaterra, la civilización secular judía podría evaporarse. En las dos costas del Atlántico, el pueblo judío no ortodoxo podría desaparecer gradualmente.

Tan tranquilo es el Mediterráneo que, cuando desembarca la delegación Bentwich, el mar parece un lago. Estibadores árabes transportan a los pasajeros del *Oxus* hacia la orilla en toscos botes de madera. El puerto de Jaffa es menos traumático de lo que esperaban. Pero en la ciudad es día de mercado: algunos de los viajeros europeos están impactados por los cadáveres colgantes de los animales, el olor a pescado, los vegetales en descomposición. Se dan cuenta de los ojos infectados de las mujeres del pueblo, de los niños esqueléticos. Y el ajetreo, el ruido, la suciedad. Los dieciséis caballeros, las cuatro damas y la única sirvienta se abren paso hacia el hotel del centro y los elegantes carruajes de Thomas Cook llegan rápidamente. En cuanto salen del caos de la Jaffa árabe, los europeos recuperan su ánimo. Pueden oler el dulce aroma de las arboledas de naranjos de abril y se animan aún más al ver los campos de flores silvestres de rojo encendido y suave violeta.

Los veintinueve viajeros son recibidos por mi otro bisabuelo, el doctor Hillel Yoffe, quien les causa una impresión muy positiva. En los seis años que han pasado desde que él también desembarcó en el puerto de Jaffa —llevado a la orilla por los mismos estibadores árabes— ha conseguido grandes logros. Su

trabajo médico —al tratar de erradicar la malaria— ahora es bien conocido. Su labor pública —como jefe del Comité Sionista en Palestina— es extraordinaria. Al igual que los peregrinos británicos, se ha comprometido con la idea de que los privilegiados judíos del Occidente deben ayudar a los empobrecidos judíos del Oriente. No sólo es una cuestión de salvarlos de los ignorantes cosacos, sino que es un deber moral inculcarles la ciencia y la Ilustración. En las duras condiciones de esta remota provincia otomana, el doctor Yoffe es el defensor del progreso. Su misión es curar a sus pacientes y a su pueblo.

Dirigidos por el doctor Yoffe, la caravana Bentwich llega a la escuela francesa de agricultura de Mikveh Yisrael. Los estudiantes están ausentes debido a las vacaciones de Pascua, pero los maestros y el personal son impresionantes. Mikveh Yisrael es un oasis de progreso. Su magnífico personal capacita a los jóvenes judíos de Palestina para trabajar la tierra en formas modernas; su misión es formar a los agrónomos y a los viticultores del próximo siglo. La agricultura al estilo francés que imparten se difundirá poco a poco en toda Palestina y hará que sus desiertos florezcan. Los visitantes están eufóricos. Sienten que ven germinar las semillas del futuro. Y efectivamente, es el futuro que quieren ver.

De la escuela Mikveh Yisrael viajan a la colonia de Rishon LeZion. El barón Edmond de Rothschild es el patrocinador y el benefactor de la colonia. El gobernador local, en representación del barón, hospeda a los apreciados peregrinos en su casa colonial. Los ingleses se encariñan con el francés. Se sienten aliviados de encontrar una arquitectura y una casa semejante y comida tan refinada en este apartado lugar. Sin embargo, lo que más encanta a los viajeros europeos es el formidable y avanzado lugar establecido por el barón en el centro de la colonia de cincuenta años de antigüedad. Están asombrados ante la noción de convertir Palestina en la Provenza del Oriente. Sus ojos casi no pueden creer lo que ven cuando admiran las casas coloniales de techos rojos, los viñedos de un verde profundo o el embriagante olor del primer vino hebreo en la tierra natal judía después de mil ochocientos años.

Para el mediodía, cuando llegan a Ramla, les resulta claro. Siete horas después de haber desembarcado en Palestina, la mayoría de los peregrinos de Bentwich no tienen duda alguna: Judea es el lugar donde las masas judías perseguidas de Rusia, Polonia y Rumania deberían asentarse. Palestina sería un hogar judío que garantizará la salvación. Pronto la delegación abordará el tren de Lod a Jerusalén. Pero un hombre como Herbert Bentwich no desperdiciará una valiosa media hora. Sus compañeros de viaje están exhaustos.

Descansan, meditando sobre sus impresiones y emociones. Pero mi bisabuelo es inagotable. Con su traje blanco y su sombrero de corcho a juego sube a la torre blanca que se alza como un faro en el centro de Ramla. Y desde la enorme torre blanca, mi bisabuelo ve la tierra.

Al ver el territorio desocupado de 1897, Bentwich observa el silencio, el vacío, la promesa. Éste es el escenario en que el drama se desarrollará, todo lo que fue y todo lo que será: las alfombras de flores silvestres, las arboledas de antiguos olivos, la pálida sombra violácea de las colinas de Judea. Y más allá, Jerusalén. Por pura casualidad, mi bisabuelo se encuentra en el epicentro del drama. Y en esta coyuntura se debe tomar una decisión: aquí o allá. Continuar o regresar. Elegir Palestina o rechazarla.

Mi bisabuelo en realidad no está en condiciones de tomar una decisión semejante. No ve la tierra tal como es. Al viajar en el elegante carruaje de Jaffa a Mikveh Yisrael, no vio el pueblo palestino de Abu Kabir. Viajando de Mikveh Yisrael a Rishon LeZion, no vio el pueblo palestino de Yazur. De camino de Rishon LeZion a Ramla, no vio el pueblo palestino de Sarafand. Y en Ramla no ve que en realidad Ramla es un pueblo palestino. Ahora, en la cima de la blanca torre, no ve el cercano pueblo palestino de Lod. No ve el pueblo palestino de Haditha, el pueblo palestino de Gimzu, ni el pueblo palestino de El-Kubbab. Mi bisabuelo no ve, en el hombro del monte Gezer, el pueblo palestino de Abu Shusha.

¿Cómo es posible?, me pregunto a mí mismo en otro milenio. ¿Cómo es posible que mi bisabuelo no lo vea?

Existen más de medio millón de árabes, beduinos y drusos en Palestina en 1897. Existen veinte ciudades y pueblos y cientos de aldeas. Así que, ¿cómo es que el pedante Bentwich no los ve? ¿Cómo Bentwich, con sus ojos de halcón, no ve desde la torre de Ramla que la tierra está ocupada? ¿Que existe otro pueblo que ahora ocupa la tierra de sus ancestros?

No critico ni juzgo. Al contrario, me doy cuenta de que la tierra de Israel, en su mente, es una vasta extensión de cien mil kilómetros cuadrados, que incluyen el actual reino de Jordania. Y en esta vasta tierra existe poco menos de un millón de habitantes. Hay suficiente espacio para los supervivientes judíos de la Europa antisemita. La Gran Palestina puede ser el hogar de judíos y árabes.

También soy consciente de que la tierra que Bentwich observa está poblada por muchos nómadas beduinos. La mayoría de los que viven ahí son siervos sin ningún derecho de propiedad. La gran mayoría de los palestinos

de 1897 viven en humildes pueblitos y aldeas. Sus casas no son más que chozas de barro. Afectados por la pobreza y las enfermedades, para un caballero victoriano no resultan visibles.

También es probable que Herbert Bentwich, un hombre blanco de la era victoriana, no pueda ver a la gente con otro color de piel como iguales. Fácilmente podría convencerse a sí mismo de que los judíos que vendrán de Europa mejorarán las vidas de la población local, que los judíos europeos curarán a los nativos, los educarán, los cultivarán. Que vivirán unos al lado de los otros de una forma honorable y digna.

Pero hay un argumento mucho más poderoso: en abril de 1897 no existe un pueblo palestino. No existe un sentido real de autodeterminación palestina y ningún movimiento nacional palestino del que se pueda hablar. El nacionalismo árabe está despertando en la distancia: en Damasco, en Beirut, en la Península Arábiga. Pero en Palestina no existe ninguna identidad nacional contundente. No existe una cultura política madura. En estos apartados lugares del Imperio Otomano, no existe el autogobierno ni autonomía palestina alguna. Un orgulloso súbdito del Imperio Británico vería comprensiblemente aquella como una tierra sin dueño. Como una tierra que los judíos podrían heredar de manera legítima.

Sin embargo, aún me pregunto a mí mismo por qué no lo ve. Después de todo, los estibadores árabes lo despertaron al alba y lo llevaron a la orilla en el austero bote de madera. Los vendedores ambulantes árabes pasaron junto a él en el mercado de Jaffa. Personal árabe lo atendió en el hotel de Jaffa. Vio a los aldeanos árabes de los carruajes durante el camino. Y a los residentes árabes de Ramla y Lod. A los árabes en su propio convoy de Thomas Cook: los guías, los jinetes, los sirvientes. La guía Baedeker de Palestina declaraba enfáticamente que la ciudad de Ramla había sido construida por árabes y que la torre blanca de Ramla era una torre árabe.

Cuando observo la ceguera de Herbert Bentwich al inspeccionar la tierra desde lo alto de la torre, lo entiendo perfectamente. Mi bisabuelo no ve porque está motivado por la necesidad de no ver. No lo ve, porque si lo viera tendría que regresar. Pero mi bisabuelo no puede regresar. Para que pueda continuar, mi bisabuelo decide no ver.

Sigue adelante. Reúne a sus compañeros de peregrinaje y abordan el tren a Jerusalén. Las vías de Jaffa a Jerusalén fueron tendidas por una compañía francesa apenas unos años antes y la locomotora era una locomotora moderna de vapor que jalaba vagones modernos con cómodos asientos

tapizados. Pero a pesar de su emoción por las señales de progreso que ve materializadas en el nuevo tren, está aún más impresionado por el paisaje. A través de las amplias ventanas de los vagones fabricados en Francia puede ver los restos de la antigua ciudad hebrea de Gezer (pero no ve el pueblo palestino contiguo de Abu Shusha). Ve las tumbas de los heroicos macabeos en Modi'in (pero no el pueblo palestino de Midia). Ve la Tzora de Sansón (pero no Artouf). No ve Dir-el-Hawa y tampoco Ein Karem. Mi bisabuelo ve la antigua gloria de la serpenteante garganta que lleva a Jerusalén, pero no ve a los campesinos palestinos que aran las escarpadas terrazas de las colinas de Jerusalén.

Dos cosas impulsan a Herbert Bentwich: una vívida memoria histórica aunada a su creencia en el progreso, y un anhelo por la gloria del pasado que da como resultado la determinación de allanar el camino a la modernización. Sí, está comprometido con la judería rusa que gime bajo la tiranía del zar. Nunca olvida a las víctimas de los pogromos de 1881-1882 en Ucrania y las de las recientes persecuciones rumanas. Pero lo que realmente lo cautiva es la Biblia y la Modernidad. Sus verdaderas pasiones son revivir a los profetas y tender líneas de telégrafo. Entre el pasado mitológico y el futuro tecnológico no existe el presente para él. Entre la memoria y el sueño no existe el aquí y el ahora. En la conciencia de mi bisabuelo, no hay cabida para la tierra tal como es en ese momento. No hay cabida para los campesinos palestinos parados junto a sus olivos e higueras que saludan con la mano al caballero británico vestido de elegante lino, absorto por el paisaje bíblico que observa a través de las ventanas del tren.

Conforme sigo el tren en su ascenso hasta Jerusalén, pienso en Ferdinand-Marie de Lesseps, el cónsul general francés en Egipto que ideó un detallado plan para conectar el Mediterráneo y el Océano Índico con un canal artificial. Reunió fondos para llevar a cabo su visión fundando una sociedad anónima. En diez años se excavó el canal de Suez a un costo humano tremendo y Lesseps le demostró al siglo XIX que no existían límites, que en la edad de la razón cualquier problema podría solucionarse. Ninguna montaña era demasiado grande para el progreso racional.

Herbert Bentwich no es francés sino británico, y aunque su personalidad no es cartesiana sino *tory*,<sup>2</sup> el espíritu de Lesseps también lo afecta. Cree que debe haber una respuesta racional a la cuestión judía. Para él, Theodor Herzl es el Lesseps de la cuestión judía. Herzl obtendría la autorización, diseñaría el plano, reuniría el dinero fundando una sociedad anónima.